

MICK FINLAY



La alta sociedad de Londres confía sus
problemas a Sherlock Holmes.

El resto acude a...

Arrowood

1895: Londres está asustado. Un asesino está al acecho en las calles de la ciudad. Los pobres están hambrientos; los jefes del crimen están tomando el control; la fuerza policial está a punto de colapsar.

Mientras los ricos buscan a Sherlock Holmes, el famoso detective privado raramente visita las calles sobrepobladas del sur de Londres, donde los crímenes son peores y la gente es más pobre.

En un oscuro rincón de Southwark, las víctimas recurren a un hombre que desprecia a Holmes, a su clientela adinerada y a su alardeante enfoque forense hacia el crimen: Arrowood, psicólogo autodidacta, borracho ocasional e investigador privado.

Cuando un hombre desaparece misteriosamente y la pista clave de Arrowood es brutalmente apuñalada ante sus ojos, él y su compañero Barnett enfrentan su investigación más difícil hasta ahora: capturar al jefe de la pandilla más peligrosa de Londres... En la tradición *best seller* de Anthony Horowitz y Andrew Taylor, este crimen gloriosamente oscuro perseguirá a los lectores mucho tiempo después de haber leído la última página.

ARROWOOD

Mick Finlay

A Anita, John y Maya

1

Sur de Londres, 1895

En cuanto entré aquella mañana me di cuenta de que el jefe estaba en medio de uno de sus berrinches. Tenía la cara lívida, los ojos enrojecidos, el pelo (bueno, el que quedaba en esa cabeza de chorlito suya) le sobresalía por encima de una oreja y al otro lado lo tenía lacio y grasiento. Vamos, que estaba feo a más no poder. Me quedé parado en la puerta por si volvía a tirarme la tetera otra vez, pero incluso desde allí alcanzaba a oler cómo le apestaba el aliento a la ginebra que se había tomado la noche anterior.

—¡Condenado Sherlock Holmes! —Vociferó, antes de estampar un puñetazo sobre la mesita auxiliar—. ¡Mire donde mire, están hablando de ese charlatán!

—Ya veo, señor.

Procuré decirlo de la forma más comedida posible mientras mis ojos no perdían de vista sus gesticulantes manos, consciente de que en un abrir y cerrar de ojos podrían agarrar una copa, una pluma o un pedazo de carbón que saldría volando a través de la habitación rumbo a mi cabeza.

—¡Si nosotros tuviéramos sus casos estaríamos viviendo en Belgravia, Barnett! —afirmó, con la cara tan roja que pensé que iba a estallarle—. ¡Tendríamos una *suite* permanente en el Savoy!

Se dejó caer en su silla como si hubiera perdido las fuerzas de repente. Sobre la mesita que había junto a su brazo

vi la causa de su mal genio: la revista *The Strand*, abierta en la página donde se relataba la más reciente de las aventuras del doctor Watson. Temí que él se diera cuenta de dónde se había posado mi mirada, así que la dirigí hacia el fuego que ardía en la chimenea.

—Voy a preparar el té, ¿tenemos alguna cita hoy? —le pregunté.

Él asintió y, con actitud derrotista, hizo un ademán con la mano. Había cerrado los ojos.

—Va a venir una dama al mediodía.

—Muy bien, señor.

—Tráeme un poco de láudano, Barnett. Y rápido —me pidió, mientras se frotaba las sienes.

Yo agarré el frasco de perfume que vi en su estante y le rocié la cabeza, pero él gimió y me indicó con la mano que me apartara; por la cara de dolor que puso, cualquiera diría que estaban drenándole un forúnculo.

—¡Me encuentro mal! Dile que estoy indispuerto, que vuelva mañana.

Yo me puse a despejar los platos y los periódicos que había esparcidos sobre la mesa antes de contestar.

—William, hace cinco semanas que no tenemos ni un solo caso. Tengo que pagar un alquiler. Si no llevo dinero pronto a casa voy a tener que trabajar en los cabriolés de alquiler de Sidney, y usted ya sabe que no me gustan los caballos.

—Eres débil, Barnett —gimió, antes de hundirse aún más en su silla.

—Limpiaré la sala, señor. Y recibiremos a la dama al mediodía.

Él no me contestó.

Albert llamó a la puerta del saloncito a las doce del mediodía en punto.

—Tienen visita, una dama.

Lo dijo con el aire de pesadumbre que era habitual en él, y yo procedí a seguirle por el oscuro pasillo hasta la panadería que precedía a las habitaciones del jefe. Parada junto al mostrador se encontraba una mujer joven que lucía un sombrerito y una amplia falda con vuelo; aunque su porte era el de una dama rica, los puños de su vestido estaban desgastados y amarronados y la belleza de su rostro almenдрado quedaba deslucida por un diente frontal astillado. Me dirigió una breve y atribulada sonrisa, y entonces me siguió rumbo a las habitaciones del jefe.

Él se ablandó en cuanto la vio entrar. Empezó a parpadear, se puso en pie de golpe e hizo una profunda inclinación de cabeza al tomar la ajada mano de la recién llegada.

—Señora.

Le indicó con un gesto el mejor asiento (uno limpio y situado junto a la ventana, con lo que algo de luz iluminaría el bello físico de la joven), y ella recorrió de un rápido vistazo los periódicos viejos apilados a lo largo de las paredes en montones que en algunos puntos alcanzaban la altura de un hombre.

—¿En qué puedo ayudarla?

—Se trata de mi hermano, *monsieur* Arrowood —le contestó ella, con un marcado acento francés—. Ha desaparecido y me dijeron que usted puede encontrarlo.

—¿Es usted francesa, *mademoiselle*? —le preguntó él, parado de espaldas a la chimenea.

—Sí, así es.

Él me miró con sus carnosas sienas enrojecidas y palpitantes. La cosa no empezaba nada bien. Dos años atrás nos habían metido en el trullo en Dieppe, porque al magistrado de la zona le pareció que estábamos haciendo demasiadas preguntas sobre su cuñado. Siete días a base de pan y caldo frío terminaron con toda la admiración que el jefe sentía por ese país y, por si fuera poco, nuestro cliente se negó a pagarnos, así que desde entonces había estado predisuesto contra los franceses.

—Tanto el señor Arrowood como yo sentimos una gran admiración por su país, señorita —intervine yo, antes de que el jefe pudiera decir algo que la contrariara.

Él me miró ceñudo antes de preguntar:

—¿Dónde le hablaron de mí?

—Un amigo me facilitó su nombre. Usted es un detective privado, ¿verdad?

—El mejor de Londres.

Hice esa afirmación con la esperanza de que el elogio contribuyera a calmarlo, pero vi cómo empezaba a tensarse de nuevo cuando ella comentó:

—Ah. Yo creía que Sherlock Holmes... En fin, afirman que es un genio. El mejor que hay en todo el mundo.

—¡En ese caso, *mademoiselle*, quizás debería acudir a él! —le espetó el jefe.

—No dispongo de suficiente dinero para permitírmelo.

—¿Significa eso que soy un segundón?

—No era mi intención ofenderle, *monsieur* —le aseguró ella, al notar por fin lo irritado que estaba.

—Permítame decirle una cosa, señorita...

—Cousture, soy la señorita Caroline Cousture.

—Las apariencias pueden ser engañosas, señorita Cousture. Holmes es famoso porque su ayudante escribe relatos y los vende. Es un detective que cuenta con un cronista. Pero ¿qué pasa con los casos que no se nos narran, los que no se convierten en relatos que se hacen públicos? ¿Qué pasa con los casos en los que hay muertos por culpa de los torpes errores que él comete?

—¿A qué muertos se refiere?

—¿Ha oído hablar del caso Openshaw, señorita Cousture? —Al verla negar con la cabeza, añadió—: El caso de las cinco semillas de naranja. —Ella hizo otro gesto de negación—. Ese grandísimo detective fue el culpable de la muerte de un joven, quien se lanzó por el puente de Waterloo. Y ese no es el único caso. Supongo que habrá oído hablar del de los bailarines, salió en el periódico.

—No, no sé nada al respecto.

—El del señor Hilton Cubitt.

—No leo los periódicos.

—Le asesinaron. Le pegaron un tiro, y su esposa estuvo a punto de morir también. Está claro que Holmes dista mucho de ser perfecto, muy claro. ¿Sabía usted que él cuenta con recursos privados? Pues tengo entendido que rechaza tantos casos como acepta, y ¿por qué cree usted que lo hace? Sí, me pregunto por qué motivo habría de rechazar tantos casos un detective. Y no crea usted que le tengo envidia, por favor. ¡Nada de eso! Lo que le tengo es lástima. ¿Que por qué? Pues porque es un detective deductivo. De pequeñas pistas saca grandes conclusiones, conclusiones que, en mi opinión, suelen ser equivocadas. —Alzó los brazos al cielo—. ¡Ya está!, ¡lo he dicho! No me extraña que se haya hecho famoso, pero me temo que no comprende a la gente. En los casos de Holmes siempre hay pistas: marcas en el suelo, el providencial montoncito de ceniza, un tipo concreto de arena en el barco... Pero ¿qué pasa con los casos donde no hay pistas? Es algo más frecuente de lo que usted cree, señorita Cousture. Entonces, la clave está en la gente, en saber descifrar su comportamiento. —Indicó con un gesto el estante que contenía su pequeña colección de libros sobre la psicología de la mente—. Yo no soy un detective deductivo, sino uno emocional. ¿Y por qué? Pues porque yo veo realmente a la gente, les veo el alma. Mi olfato me permite oler la verdad.

Él estaba observándola con ojos penetrantes al hablar, y noté que ella se ruborizaba antes de bajar la mirada al suelo.

—Y a veces ese olor es tan fuerte que se me mete dentro como un gusano —siguió diciendo él—. Sé cómo es la gente, conozco tan bien el comportamiento humano que para mí es un tormento. Es así como resuelvo mis casos. Puede que mi fotografía no aparezca en el *Daily News*, que no tenga un ama de llaves ni habitaciones en Baker Street

ni un hermano en el gobierno, pero si decido aceptar su caso..., y no le garantizo que lo haga, antes quiero que usted me explique lo que pasa... si decido aceptarlo. Le aseguro que no podrá ponernos pega alguna ni a mi ayudante ni a mí.

Yo le contemplé con gran admiración. Cuando el jefe tomaba carrerilla, no había quien lo parara; además, estaba diciendo la pura verdad: sus emociones eran tanto su fuerza como su debilidad. Por eso me necesitaba más de lo que él mismo alcanzaba a veces a comprender.

—Lo lamento, no era mi intención insultarle —le aseguró la señorita Cousture—. No conozco el mundo de la investigación privada, lo único que sé es cómo hablan del señor Holmes. Le pido que me disculpe.

Él asintió con un bufido, y al final se sentó de nuevo en la silla situada junto a la chimenea.

—Cuéntenoslo todo, no omita nada. ¿Quién es su hermano? ¿Por qué tiene que encontrarlo?

Ella entrelazó las manos sobre el regazo y recuperó la compostura antes de contestar.

—Procedemos de Rouen, *monsieur*. Vine a vivir aquí hace apenas dos años para trabajar, soy fotógrafa. En Francia no se acepta que una mujer tenga esa profesión, así que mi tío me ayudó a encontrar trabajo aquí, en Great Dover Street. Es tratante de arte. Mi hermano Thierry trabajaba en una pastelería de Rouen, pero tuvo algunos problemas.

—¿Cuáles? —le preguntó él. Al verla titubear, añadió—: Si no nos lo cuenta todo, no puedo ayudarla.

—Le acusaron de robar en su trabajo.

—¿Era culpable?

—Creo que sí.

Ella le miró con humilde resignación antes de que sus ojos se encontraran por un momento con los míos y me avergüenza confesar que, a pesar de mis más de quince años de matrimonio con la mujer más sensata de todo Waltham, esa mirada despertó en mí un deseo que llevaba al-

gún tiempo dormido. Aquella joven de rostro almendrado y diente astillado poseía una belleza innata.

—Continúe —la instó él.

—Thierry tuvo que partir *rapidement* de Rouen, así que vino también a Londres siguiendo mis pasos y encontró trabajo en un asador. Hace cuatro noches regresó muy asustado del trabajo, me suplicó que le diera algo de dinero para poder regresar a Francia. No quiso decirme por qué debía marchar, nunca antes le había visto tan asustado —se interrumpió para recobrar el aliento y secarse los ojos con la punta de un pañuelo amarillento—. Le dije que no. No podía permitir que regresara a Rouen, si lo hace tendrá problemas. Yo no quería que le pasara nada.

Titubeó de nuevo y le brotó una lágrima.

—Pero puede que, más que nada, quisiera mantenerlo aquí conmigo. Londres es una ciudad donde una persona extranjera puede sentirse muy sola, *monsieur* Arrowood, además de ser peligrosa para una mujer.

—Tómese un momento, *mademoiselle* —le aconsejó el jefe con nobleza. Se echó hacia delante en la silla, y la barriga le quedó colgando entre las rodillas.

—Se marchó estando en grave peligro, no he vuelto a verle desde entonces. No ha ido a trabajar. —Las lágrimas empezaron a fluir entonces sin control—. ¿Dónde duerme?

—No nos necesita para nada, querida mía —le aseguró el jefe—. Su hermano debe de estar escondido, seguro que contacta con usted cuando se sienta a salvo.

Ella se cubrió los ojos con el pañuelo hasta que logró recobrar el control de sí misma, y entonces se sonó la nariz y dijo al fin:

—Puedo pagarle, si es eso lo que le preocupa. —Se sacó un monederito del bolsillo interior del abrigo, y le mostró un puñado de guineas—. Mire.

—Guardé eso, señorita. Si su hermano está tan asustado como usted dice, lo más probable es que haya regresado a Francia.

Ella negó con la cabeza.

—No, no está allí. Al día siguiente de negarle ayuda llegué de trabajar y me encontré con que se había esfumado mi reloj, y también mi segundo par de zapatos y un vestido que me había comprado este invierno pasado. La casera me dijo que Thierry había estado allí aquella tarde.

—¿Lo ve?, ¡está claro! Su hermano ha vendido esas cosas para pagarse el pasaje.

—¡No, *monsieur*, eso no es cierto! Sus documentos, su ropa..., todo sigue aún en mi habitación. ¿Cómo va a entrar en Francia sin los documentos? ¡Le ha pasado algo!
—Mientras hablaba volvió a guardar las monedas y sacó unos billetes del monedero—. ¡Por favor, señor Arrowood! ¡Él es todo cuanto tengo, usted es mi única esperanza!

El jefe se quedó callado unos segundos al verla desdoblarse dos billetes de cinco libras; hacía algún tiempo que no se veía tanto dinero en aquella sala.

—¿Por qué no acude a la policía? —le preguntó él al fin.

—Porque me dirán lo mismo que usted. ¡Se lo ruego, *monsieur*!

—Señorita Cousture, podría aceptar su dinero y no me cabe duda de que hay muchos investigadores en Londres que lo harían encantados, pero tengo por norma no aceptarlo jamás si considero que no existe caso alguno, y mucho menos viniendo de una persona con recursos limitados. No es mi intención insultarla, pero estoy convencido de que ese dinero que usted tiene ahí lo habrá ahorrado con gran esfuerzo o será prestado. Lo más probable es que su hermano esté escondido en alguna parte con una mujer. Espere un par de días más, y venga a vernos de nuevo si él no regresa.

La pálida tez de la joven se encendió de golpe. Se puso en pie, se acercó a la chimenea, extendió la mano que sostenía los billetes hacia los carbones incandescentes y amenazó con voz firme:

—¡Si no acepta mi caso, quemaré este dinero en su chimenea!

—Por favor, señorita, actúe con sensatez —le pidió el jefe.

—El dinero no significa nada para mí. Supongo que usted preferirá tenerlo en su bolsillo antes que en su chimenea, ¿verdad?

Él soltó un gemido, centró la mirada en los billetes y se inclinó hacia delante en la silla.

—¡Hablo en serio! —afirmó ella con desesperación, antes de acercarlos aún más a las llamas.

—¡Deténgase! —exclamó él, cuando no pudo seguir soportándolo más.

—¿Va a aceptar mi caso?

—Sí, supongo que sí —asintió él con un suspiro.

—¿Y mantendrá en secreto mi nombre?

—Sí, si así lo desea.

—Cobramos veinte chelines por día, señorita Cousture —intervine yo—. Cinco días por adelantado en los casos de personas desaparecidas.

El jefe se dio la vuelta y se puso a llenar su pipa. Solía andar corto de dinero, pero siempre le incomodaba recibirlo porque para alguien de su clase era como admitir demasiado abiertamente que lo necesitaba.

Se volvió de nuevo hacia nosotros una vez que la transacción hubo concluido y dijo, succionando la pipa:

—Bueno, ahora vamos a necesitar todos los detalles posibles. La edad de su hermano, descripción física... ¿Tiene alguna fotografía suya?

—Thierry tiene veintitrés años. —La joven dirigió la mirada hacia mí—. No es tan grandote como usted, *monsieur*. Un término medio entre el señor Arrowood y usted. Tiene el cabello de color dorado como el trigo y una quemadura larga en la oreja de este lado. No tengo ninguna fotografía, lo siento. Pero en Londres no hay mucha gente con un acento como el nuestro.

—¿Dónde trabajaba?

—En el Barrel of Beef, *monsieur*.

Se me cayó el alma a los pies, tuve la impresión de que el cálido billete de cinco libras que tenía en mi poder se quedaba frío como un repollo. El jefe había bajado la mano con la que sostenía la humeante pipa, tenía la mirada puesta en el fuego que ardía en la chimenea y negó con la cabeza sin pronunciar palabra.

—¿Qué sucede, *monsieur* Arrowood? —le preguntó la señorita Cousture, desconcertada.

Yo extendí hacia ella la mano en la que sostenía el dinero y me limité a decir:

—Le devolvemos el dinero, señorita. No podemos aceptar el caso.

—Pero ¿por qué no? ¡Tenemos un acuerdo!

Yo miré al jefe pensando que iba a contestar, pero él se limitó a emitir un gruñido sordo antes de agarrar el atizador y ponerse a sacudir los ardientes carbones. La señorita Cousture nos miró a uno y a otro sin aceptar el dinero, y preguntó con perplejidad:

—¿Hay algún problema?

Fui yo quien contestó al fin.

—En el pasado tuvimos ciertos problemas en el lugar que ha mencionado. Supongo que habrá oído hablar de Stanley Cream, el propietario. —Al verla asentir, añadí—: Nos enfrentamos a él hace un par de años, el caso fue muy mal. Resulta que había un hombre que estaba ayudándonos, John Spindle... Era un buen hombre, pero la pandilla de Cream lo mató de una paliza y nosotros no pudimos hacer nada al respecto. Cream juró que ordenaría nuestro asesinato si volvía a vernos. —Ella permaneció en silencio, así que opté por insistir—. Es el hombre más peligroso del sur de Londres, señorita.

—La cuestión es que tienen miedo.

Ella apenas había terminado de pronunciar aquellas palabras cargadas de amargura cuando el jefe se volvió de re-

pende y afirmó, con el rostro encendido por haber estado observando tan intensamente el fuego:

—¡Vamos a aceptar el caso, señorita! Yo no faltó a mi palabra.

Yo me mordí la lengua. Si el hermano de la señorita Cousture estaba relacionado con el Barrel of Beef, era muy probable que realmente estuviera metido en líos; de hecho, era muy probable que ya estuviera muerto. En ese momento, trabajar con los cabriolés de alquiler me pareció el mejor empleo de Londres.

Una vez que Caroline Cousture se marchó, el jefe se sentó pesadamente en su silla, encendió su pipa y contempló pensativo las llamas.

—Esa mujer es una mentirosa —dijo al fin.